

Almas Jóvenes.

A ANTONIO VILLARREAL.

¡Quién me diese alas como de paloma!
¡Volaría yo y descansaría.

SALMO LV.

Del turbulo ardiente subía el incienso, tremolando y extendiendo sus níveas muselinas; resonaba la bacina al golpe repetido de las monedas de cobre; las pequeñas flamas aleteantes de las lámparas votivas parecían mariposas de luz que se ahogaban, y entre el abigarrado tropel de gente devota, salimos del templo apretujados y alegres, quizá porque fuimos á rogar por nuestro amor, que presentía metamórfosis en la ausencia. Cerca de la última hornacina, nerviosamente me santiguó, y tembloroso y mudo ¡con qué unción besé la cruz que formaba su manecita blanca como un lirio. como un ala pequeña de paloma, ó como una marmórea benditera! En el ábside sonoro, los postreros cantares resonaban aún.

¡Oh, cuán cierto que los recuerdos son las rugosidades del alma, que semejantes á las de los peñascos necesitan, para borrarse, años de estar en pugna con las aguas del tiempo!

Ya en la calle, seguimos la calzada que conduce á las afueras de la ciudad. Por el cielo escampado pasó un vuelo fugaz de golondrinas. ¿A dónde irán? me preguntó dulcemente, mientras yo contemplaba sus diminutas orejas como conchuelas de nácar; su boca, que me recordaba las fresas que la madurez empurpuró, y su rostro, tatuado por el sol resplandeciente, que dibujaba sobre él las móviles ramas de los sauces; tatuaje fantástico en forma de plumas, palmas é insectos.

Sin responder á su pregunta, susurré á su oído esta estrofa de una antigua canción:

En silencio se mezclaban cual perfumes,
y en silencio se mezclaban como soplos,
y en silencio se fundían como lágrimas
nuestras almas en un beso silencioso.

El arroyo gorgoriteaba en el hueco labrado por sus ímpetus semejante á un enorme hocico que hacía gárgaras imposibles. Un hombre canoso sonrió al vernos y con voz hiposa é intermitente, consecuencia del paso torpe de su cabalgadura, nos dió los buenos días.

—Oye, dijo Taide, mi corazón ha sido tuyo, pero temo que este año, al terminar tus estudios de pintor, el triunfo, la lisonja, la frecuencia de círculos elegantes, todo haga que te olvides de mí... ¡Recuer-

da que he crecido á tu sombra para ti....

Su voz se fué extinguiendo como el trino del ave que se interna en un bosque; cubrióse el rostro con las manos, y sus lágrimas corrían como cristalinas arañas á esconderse entre los encajes de su gola.

El arroyo seguía locamente carcajeándose; hervía, salpicaba las flores de la orilla, y en sus pequeñas caídas agitaba su espuma como una enmarañada madeja de hilo; algunas raíces redondas, como miembros anquilosados, fingían lavarse en la corriente pura, en tanto que á nuestro paso los álamos de corteza manchada, cual si estuvieran envueltos en pieles de peces pintos, movían sus hojas como monedas de plata.

—Calla, dije á Taide; si obtengo triunfos, será por tu amor. Inocular en mi espíritu un cariño y poder sentir sus fiebres, sus dolores íntimos, sus estremecimientos, sus dudas; tener mi pensamiento clavado en otra alma, como la mariposa en el cáliz de la flor, eso quería; ¿no se han cumplido mis deseos? Guardaba ternuras infinitas, multiplicándose apiñadas, esperando como la mazorca de maíz, heredad fecunda para desgranarse y florecer. ¿No he aumentado mis sinsabores con el único fin de que seas mía? Tonta...

Anduvimos en silencio. Nuestros corazones, al hablar así, se consolaban momentáneamente, pero temblaban por algo lejano, vago é impreciso que llegaría; temblaban como las alondras en sus nidos,

adivinando que á la madrugada el rocío de la aurora bordaría con chaquiras su plumaje esponjado. Teníamos la seguridad de que el porvenir—si nos hubiéramos equivocado!—escondía para nosotros un precipicio, un obstáculo á cuyos bordes áridos tendríamos que despedirnos.

Y era verdad lo que decía á Taide. Antes de conocerla, me atarazaba el fastidio, y en mis fugaces momentos de nerviosidad ansiaba, no un amor sosegado, sino impetuoso, turbulento, que rasgara el velo de mi tristeza que me cubría como polvosa telaraña; que luchara por quebrantar mi voluntad, me hiciera caer de capricho en capricho, y ser en fin, igual á la flor que el torrente hunde, sostiene á flote y despedaza besándola siempre. Me sentía capaz de amar con la vehemencia de un león, y podía también pasar horas enteras junto á mi amada, con la delicadeza y la curiosidad de un niño que observa sucederse con rapidez los colores fugitivos en las burbujas de jabón. En ella encontré todo.

La única familia de Taide se componía de una vieja tía propietaria de una finca contigua á la de mi madre. La tía Paz, así la decíamos, á pesar de su rostro marchito, trascendía á elegancia y hermosura, tal cual las flores guardadas durante mucho tiempo en un libro exhalan un aroma muy leve. Ingenuamente devota, empleaba sus ocios en la confección de afiligranados sobrepellices que regalaba á

los curas humildes de las parroquias cercanas, y en devanar con sus maravillosas manos débiles, seda para cíngulos que tenían el mismo destino. Para estas dos mujeres buenas, mi madre y la tía Paz, la alegría estaba en nosotros y la tomaban de nuestros semblantes. Bajo su custodia y á su calor nació nuestro cariño, sencillo como las tapicerías que el musgo tiende en las cañadas, arrolla á los árboles y teje en las cicatrices de las rocas.

—Dentro de una hora irás muy lejos, dijo Taide apoyando en mi hombro su cabeza. ¿Pensarás en mí?

De pronto, deteniéndose, exclamó con su sonrisa luminosa:

—¡Qué tontas somos nosotras! ¿Sabes en qué venía pensando? ¡Figúrate: una bobbería! Pensaba: Rubén no debe irse, me quedo sola, puedo morirme quizá y no le volveré á ver....

Se calló bruscamente, como si su pensamiento hubiera hallado en su camino un obstáculo, como las tórtolas que refrenan el vuelo cuando el azor apenas se dibuja en el horizonte.

—¿En qué más pensabas? insistí yo.

—En muchas cosas que no quiero ni debo decirte, me contestó llorando. ¡Soy una loca!....

Sus palabras llegaban á mi oído vagas y confusas como el susurro de una selva; su vestido ondulaba movido por el aire; oprimía su busto un corpiño ligero, y entre las vaporosas blondas negras de las

mangas sus manos semejaban copos de nieve pendientes de ramas de ciprés.

—¡No llores! exclamé con los ojos empañados también por el llanto, óyeme.

¡Ah, no sabré nunca qué angustias desfloraron en ese momento los cristales de su alma!

—Sabes, continué, que nunca he sido celoso y no lo he sido porque tengo absoluta fe y confianza en tu bondad. Así, no atribuyas á celos lo que voy á suplicarte. Estás obligada á asistir al paseo que anualmente hacen en honor de la tía Paz, y el cual tendrá verificativo dentro de dos días en la falda del monte que dista de aquí seis leguas. Asistirá Gustavo, lo sé por él mismo, y no extrañes que siendo mi mejor amigo, te ruegue sea la última vez que lo trates.

¿Fué que una nube opacó instantáneamente la luz del día, ensombreciendo todo, ó en efecto veló su semblante un torvo presentimiento?

¡No lo supe entonces!...

Anduvimos largo trecho distraídos. En las brumas de mi memoria aparecía Gustavo, cuya estúpida sensualidad propia de su temperamento, ardía en sus frases aliñadas y flexibles como víboras, en sus miradas lánguidas é intensas perdidas en una vaga lontananza, donde el ensueño, la febricitante abstinencia y la lujuria desbandan sus visiones frescas de vida, que sobre muelles edredones revuelcan sus fastidios ó adormecen voluptuo-

samente sus cansancios. Sus lecturas, su exquisita sensibilidad y fervoroso culto á la belleza, afinaron su lujuria, que plegaba, sin que él se diera cuenta, sus labios húmedos y carnosos. En sus ojos se adivinaban á ratos profundidades atra-yentes; se me antojaban límpidos reman-sos en los que el sol, filtrándose á través del follaje de un sauce, comunica transparencias á la masa de agua sin iluminar el fondo.

¡Oh, Dios, qué inmensamente dolorosos son los recuerdos de mi juventud!

Repentinamente, como invisibles tórtolas arrulladoras, salieron escapadas de la torre de la aldea los sonidos de la campana.

—¡Las nueve, exclamé apesadumbrado; es preciso volvernos! Deben de esperarme ya con los caballos que han de conducirme á la estación.

Agregué en tono muy bajo:

—Sé fuerte al despedirme; nos ahorrarás un sufrimiento.

—¿Por qué te afliges? la pregunté. Cuando vuelva, serás mía; no nos separaremos, te contaré los encantos y amarguras de estudiante, te mostraré mi vida día por día como las hojas de un álbum; tú, eu cambio, me arrullarás con tu charla armoniosa, en la que brillarán como curiosidades sacadas de un cofre perfumado tus travesuras inocentes, tus sueños en los que viviré escondido, y tal vez

algunos dolores leves colados de rondón en tu espíritu.

La hice apresurar el paso. El sol bañaba los arbustos de la avenida que al dibujar sus frondas en el suelo, fingían charcos caprichosos de tinta; en la plaza principal una turba de vendedores ambulantes voceaba sus mercancías, y la pequeña esquila de la iglesia, poseída de un gran regocijo, seguía pirueteando.

En el portón encontramos á la tía Paz, á mi madre y á un criado. Por sus encargos y súplicas y consejos, sentía mi corazón desfallecido. Apresuré la despedida; besé á Taide, y en ese beso no sé por qué creí que nuestras almas se despedían para siempre!

Rápidamente desanudé el cabestro de la escarpia; el caballo, al sentir el peso de mi cuerpo partió al galope.

El aire del campo, quién sabe qué cosas susurró á mi oído, refrescó mi frente, agitó mis cabellos, ¡ay! ¡pero no pudo evaporar mis lágrimas!

El panorama que se desarrollaba ante mí, adormiló mi punzante melancolía. Los montes verdinegros de ocotes desflecados y silbantes, cuya solemne majestad acrecentaban los gorjeos incompletos de pájaros; las nubes rozando los árboles, como si éstos humearan incendiados; el río que culebreaba en el profundísimo barranco, negro como un hilillo de betún: el sol chorreando fuego y abrasando la campiña, por cuyo calor la tierra, en va-

rias partes cubierta de musgo verdoso con reflejos metálicos color de hiel, parecía que sudaba; las cenizas nopaleras como muestrarios de extraños fetos; cada color, cada paisaje dejaba una gota de miel sobre mis dolores.

Anocheceía cuando distinguí las luces de la estación ferroviaria. El silencio aguzaba mi oído, y claramente oía el roce de una hoja seca de maíz que el viento nocturno venía empujando. A pocos minutos dormitaba en el tren arrullado por su jadeo; y á la mañana siguiente, instalado en mi cuarto de estudiante, recordaba los rosales florecidos de las casas de mi pueblo; las cercas de piedra donde se posan al mediodía los lagartos verdi-oscuros como puñales pavonados; la hacienda de mi madre, silenciosa y blanca; y sobre mis recuerdos todos, Taide pura y bella.

Mis estudios y trabajos diarios hicieron recobrar su buen humor á mi espíritu. El quinto día de mi estancia en la capital, á la vuelta de la Academia de Bellas Artes, encontré sobre mi mesita de trabajo la anhelada carta de mi hogar. Nadie trazará á rasgos finísimos la urdimbre de impresiones que sacuden el sér á la vista de una carta amada. Cuando rompí el sobre, sentía apretada la garganta por una alegría ó angustia que no sabré explicar.

Me decía mi madre que en el paseo verificado en honor de la tía Paz, Taide había caído del caballo y había muerto.

¡Ah! morir cuando en nuestros corazones rayaba el día; morir cuando ella sintetizaba mis anhelos y mis esperanzas! ¡Ah! morir cuando el primer amor salpicaba las conciencias de perfume; morir cuando todas las ideas, todos los pensamientos, todas las bondades convergían en un punto; morir cuando...! ¡Oh, Dios mío! tú que eres eternamente bueno, que regaste la semilla del consuelo en las almas insolubles, que abriste los veneros del amor en los pechos sin arrullos, y regaste tus resplandores en los corazones que eran noches... ¿por qué me quitaste á ella, que era mi porvenir, que era mi juventud, que era mi vida?...

*
* *

Ignoro el tiempo que estuve enfermo; pero cuando comencé á pasear mi convalecencia por los jardines y arboledas, tenía en los labios y en la mirada una amarga dulzura de un bien perdido y lejano, muy lejano.

Un año hacía que había cambiado mi domicilio á una alegre barriada del poniente de la ciudad. Allí soñaba pensando en Taide, al cansado fulgor mortecino de los crepúsculos dolientes. Frente á mi habitación estaba un balcón, cerrado siempre, y festonado caprichosamente por yedras y madreselvas frondosas. De tarde en tarde llegaba á mis oídos, conmoviéndome

profundamente por los recuerdos que despertaba en mi memoria, una voz trémula, dulce y sollozante que cantaba con infinita vaguedad y tristeza:

“Volverá mi recuerdo cuando muera,
A traerte, mi bien, melancolía;
Como vuelve alejándose el invierno
A su nido de ayer la golondrina.

No me olvides, yo te amo, está seguro
Que volveré á tus brazos algún día,
Como vuelve, alejándose el invierno,
A su nido de ayer la golondrina.”

¡Cuántas ternezas despertaba en mí la vocecita de la desconocida cantadora!

Así las risas de los címbalos lejanos encuentran en algún polvoso piano un eco que les responda, y que acurrucado dormitaba como un niño abandonado por sus padres.

Sentía á veces el imperioso deseo de ir á su departamento; preguntar quién era, hablarla, decirla que le estaba infinitamente agradecido, porque su voz y sus canciones me hacían pensar en otra voz y en otras canciones que había oído de unos labios amados que callaban entonces porque estaban aprendiendo nuevos ritmos en un país de misterio y de silencio, donde las almas se convierten en cantos inefables.

¡En cada lágrima que me arrancaban esas estrofas, rodaba una bendición!

Una tarde de crepúsculo sangriento esperaba la llegada de mi madre y la visita de la tía Paz; ¿qué conversación nuestra

no tendría por trama la bondad de la inolvidable muerte?

Mientras llegaban, distraje mi impaciencia observando el desbandamiento de nubes escarlata, naranjadas y violetas; oyendo los vagos susurros de los árboles poseídos de súbitos estremecimientos; la bulliciosa algazara de parlanchines gorriones, empeñados en meliflua contienda por lograr un camarín en la enramada, y viendo al gato sobre la silla esparrancada, en quieta somnolencia, con su eterno hervor en el cogote.

Todos los detalles de aquella época de mi vida, dolorosos y alegres, los conservo de tal manera grabados en mi mente, que creo que ningún sacudimiento trágico vivirá en mí con mayor intensidad de precisión.

Había dejado de ver á la tía Paz mucho tiempo; y cuando la ví en el dintel de la puerta tendiéndome los brazos, con el rostro cruelmente ajado y los cabellos canos, débil y encorvada, parecía que mi pasado estaba frente á mi porvenir.

Respetuosamente le besé sus manos y la senté en mi lecho.

—¡Qué viejo estás!—me dijo en tono simpático y burlón.—Dentro de dos años se te verá la cabeza como si la tuvieras envuelta en un pañuelo blanco.

—No es difícil—contesté sonriendo.

Agregó:

—Tengo que decirte algo muy grave antes que llegue tu madre, que supon-

go no tarda. La vida te ha vuelto reflexivo, prudente, y sobre todo razonable. Eres ya un hombre capaz de soportar con calma cualquier hecho, cualquier acontecimiento, por intensamente abrumador que sea. Eres algo más que un hombre. Como te dije al principio, eres un viejo á quien yo quiero como á un niño, y para el que todas las alegrías me parecen pequeñas, si por un momento se las pudiera dar todas. ¿Me entiendes?—agregó conmovida.—Ahora escúchame, y sé fuerte.

Tal solemnidad había en la tía Paz al expresarse, que instintivamente incliné el cuerpo como cuando se espera un golpe rudo.

—Taide no ha muerto—exclamó más blanca que la cera y con los ojos fijos y brillantes.

—¿No ha muerto?—dije con voz ronca, abandonando mi asiento y tomándola con brusquedad las manos.

—No ha muerto—contestó ásperamente—y aun cuando comprendo que serás capaz de estrangularme por saber todo de un golpe, es preciso que me oigas portándote como un hombre y no como un niño. Siéntate.

Precipitadamente continuó:

—En el paseo del año pasado, que debes recordar, iba como invitado de una de mis amigas Gustavo Hartmann.

—Gustavo Hartmann—grité desesperado.

—Calla—contestó jadeante.—Escúchame:

Todos íbamos á caballo, y á la entrada del monte, en el lugar preciso en que el bosque se espesa, el animal que Taide montaba se encabritó por el ruido de alguna hoja seca, y emprendió la carrera. Nos paralizó el espanto y el pensamiento de que en la falda resbaladiza el golpe era seguro y la caída mortal. Todos quisieron marchar tras ella; pero Gustavo, como un relímpago, se tendió sobre el caballo que azuzado brincaba como un gamo, perdiéndose bien pronto entre la obscura maleza y las quebradas de la montaña. Inútilmente esperamos su regreso; y entonces nos diseminamos en el bosque con el fin de encontrarlos. Todos teníamos el alma cuajada de presentimientos.

Nuestro primer hallazgo fué espantoso. En el fondo de un barranco estaba Gustavo con el cráneo despedazado. ¡Ay! en ese momento comprendí que en una hora se puede envejecer. Más adelante encontramos desmayada á Taide, pero viva aún.

Ahora escúchame y sé más fuerte todavía. Voy á concluir:

Cuando Gustavo corrió en busca de Taide, ¿sabes lo que hizo? No detuvo el caballo; por el contrario, lo fustigó brutalmente para que se desbocara y cayera. ¡Oh, Dios! ¿por qué los árboles no volvieron hacia él sus brazos y lo desmenuzaron en el aire! Cuando la vió tendida sobre la yerba.... ¡ah, Rubén, Rubén, todas las

azucenas deben de haber cerrado á esa hora sus cálices!

—¡Maldito!—exclamé como un loco.— ¡No has muerto y debes morir despedazado por mis dientes, magullado por mis manos, pisoteado por mis plantas!

—¡Taide, Taide!—sollozaba.

Como á un conjuro, abrióse la puerta y apareció ella vestida de negro y con una palidez ultraterrestre.

—Gustavo ha muerto—dijo;—yo soy la desconocida cantadora; te amo, y he vivido con mi amargura incomparable sólo por tí.

—Retírate—exclamé con voz ahogada.

—Calla—gritó mi madre entrando en ese momento;—nadie sabe nada, y yo, que soy tu madre y que para tí querría lo más santo, te ruego que la quieras: ¡quírela! —dijo juntando nuestras cabezas que bañaba con su llanto!



Almas Medrosas.

A JESUS T. ACEVEDO.

Había tenido miedo; el bosque lóbrego, presa de ruda estupefacción, callaba. Deslumbrada y torpe mariposa que se golpea contra estirada tela de cielo raso, mi corazón golpeábase en mi pecho.

Quise huir de horror; sentía que algo de uñas retorcidas y orejas puntiagudas y enormes, á pasos de seda seguía mi camino.

Un buho pasó rayando las tinieblas con sus ojos flavescentes como flores amarillas. Apreté mis párpados, y entonces creí ver gatos enfurruñados y cerdos casquimuleños; me oprimí los oídos, y oír creí fúnebres ululatos quejicosos y sentir sobre mi cabeza mojados belfos de caballos disformes cuyos resuellos movían y erizaban mi melena.

Cuando descendí, la llanura solitaria fingía por manchas de sombra y claros de

luna triste, anegadizo terreno cubierto de agua. Turbó quietudes de copas fuerte ráfaga, y las ramazones hablaron terribles cosas en la selva removida por terrores y remordimientos seculares.

Corrí. En el lago, luengas hojas fingían espadas; los tules, crines de caballos hundidos; las sombras de abedules, rotos pabellones fúnebres, y las hojillas secas de sauces mustios, muertos pecesillos á flor de agua.

Zábilas erectos parecían buitres azabachados abiertos de alas, y zacatones silbantes corrían como persiguiéndose. Un guijo era crustáceo, y un matojo bruja en cuclillas.

Cuando ví, como esqueletos alumbrados interiormente, las chozas de mal unidas costeras que rodean el rancho, cesó mi temblor imbécil, como el del árbol súbitamente soltado tras fuertes sacudidas. Todavía en la puerta una zalea sin curtimbre, clavada en el muro, parecía inmóvil vampiro esperándome.

Llegué, y ocultando azainadamente mis pavores de chiquillo, entré al comedor. Cené poco, sentía un aturdimiento horrible, y bien pronto me aburrió la conversación de canícula, escarda, sembraciones, azoleo y ¡quién sabe cuántas cosas referentes á labranza!

Se habló de corazonadas y espantos, y me sacudí como ave bajo el gotear de lluvia repentina. En otra forma repetiré lo que allí se habló.

—Allí, en la cañada, dijo el dueño del rancho dirigiéndose al mayordomo, en los cenizos helechales canta el hombrecillo. Empieza á embarbecer, hobachón, carilucio y cuando más de un metro de altura. El galón de su sombrero brilla como las cerillas húmedas; su chaqueta de piel, con alamares de plata, es de recental, y el pantalón ajustado tiene una botonadura de huesos muy blancos. A la cintura lleva una banda de color de lumbre, y cuando á lomos de su pollino espelurciado pasea por la barranca, se oye un ruido semejante al que hace la leche en los botes á las horas de ordeñar. En las noches diáfanas juega con dinero en los retazos limpios de la selva. ¿Qué males causa? ¡Vamos! Si llega, estando el cielo chubascoso, á corrales de cabras que abonan baldíos, silba y le siguen todas como al declive las aguas, los perros enmudecen y los pastores se tullen. En los novilunios de Agosto arriba, cuando algunos entecos arbúsculos se llenan de brotes como ámpulas de cera tierna, esperando familias de venados que gustan de flores de cantueso, pimpollos de madroño y dulces brotes; los cazadores han visto huir al pollino cuyas costillas no impedían ver más lejos, con su cencerro al cuello guiado por el hombrecillo que sonaba su carraca.

¡No hace daño siempre! Aquí en las trojes, con cerdas en torzales, colgó de las narices crucificadas lechuzas, y también ¡hace mucho! amaneció una ternera

con jáquima, freno, retranca, collares y todos los arneses de una mula.

—¿Ustedes han oído rodar en el techo quejumbroso puñados de arvejones y calabazas estriadas, que al otro día muestran en la tierra la pulpa de su carne y las lombrices de sus hebras? El prende luminarias de seroja en barbechos desnudos, en afelpadas besanas corre alegremente mientras paca su cabalgadura, ó se tumba y canturrea; él, para que no mueran destripados, quita pedruscos de las trampas de los topes; él, quién corretea á los coyotes que huyen grifos y despavoridos por los carriles solitarios.

Recibía yo la relación con risotadas; pero imposible sobreponerme á tantas necedades. Imaginábame al charrillo siniestro burlándose de los corcovos del rucio; atisbando entre guías de colorines cimarrones galopes de huroncillos perseguidos por un zorro gris, ó construyendo casitas en el arenoso cantizal. ¡Y la noche, llena de paz solemne, acogedora de todo eco!

—¡Vaya, dije abandonando el asiento; de seguro sueño al duende! ¡Buenas noches!

Y al encaminarme á mi pieza, llevaba un miedo grande como la selva misma! ¡Perros y cornetas con las fábulas!

—Leeremos un poco, gritó mi primo siguiéndome.

—¡Bueno! dije distraído. Y mientras él buscaba un tomo, permanecí recostado en mi lecho de campaña, donde hallé un

muñeco de porcelana, dejado quizás por los chicos del Administrador y me puse á hacerlo voltigear, tomando las puntas del cordón que pasaba por su cuello.

—Mira, dije á Luis, esto deberían hacer con el charro del barranco. De pronto, di un grito espantoso, tartamudeando, y de terror se llenaron de lágrimas mis ojos. Me había enseñado el muñeco la lengua rojiza y larga como un pétalo purpúreo de clavel!....

